

# EL RECITAL

## RAÚL CARRANCÁ Y RIVAS

*“La belleza de la mujer  
es la atmósfera que ella crea”*

ENRIQUE ESPINOSA

Todos sabemos, querido lector, lo que es un recital de poesía. Generalmente corre a cargo de un intérprete, de un declamador que interpreta y dice los versos de otro. Hay ocasiones también en que el poeta declama lo suyo. A mí me llamó poderosamente la atención, convocado al acto por pulcras y bellas invitaciones, ver en persona al poeta interpretar declamando sus propios versos. Carecía, por supuesto, de la frialdad habitual en los declamadores profesionales, que se suele confundir con pasión cuando gritan y gesticulan. El poeta de que hablo, al contrario, casi conversaba con el auditorio buscando, a través de los finos hilos de la sensibilidad, penetrar en el alma de sus oyentes. Sus ojos, encendidos, eran como un pozo de furia en que las palabras, ora atractivas y tensas, ora dulces y pausadas, caían igual que gotas de cristal



ardiendo sobre el silencio de la sala. Yo sé que soy sensible y que me hallo siempre predispuesto a la poesía. Sin embargo, algo raro aconteció allí, le faltaba al arte del poeta la otra mitad de su esencia, o por lo menos eso me pareció. ¿Por qué lo digo? Porque sus pensamientos y sus palabras, sus emociones, sin duda dirigidos hacia alguien, no encontraban a la persona adecuada. Sus ojos eran lanzas de fuego queriéndose clavar en un punto determinado. Fuego sin reposo. Y así comenzaron sus primeras palabras:

*Fuego sin reposo este calvario  
de mirarte sin límite de tiempo,  
de tenerte entre mis brazos doloridos  
en que la angustia busca su sudario  
con que envolver el fuego de tu aliento.*

*Fuego sin reposo este calvario  
porque llegas y te vas al mismo tiempo,  
y sólo queda entre mis pobres brazos  
de tu dulce amor el fiel recuerdo.*

Yo, parte del auditorio, tenía en esos momentos mi deber crítico; es decir, la obligación –en la medida de lo posible– de sentir los versos y de meditarlos, de pensarlos. Porque la poesía también se piensa afuera de sentirla tanto. Pero había alguien a quien esa poesía estaba dedicada. ¿Quién era? Tuve la paciencia de observar los ojos, las expresiones de los asistentes, especialmente de las mujeres. Unas eran demasiado niñas, otras demasiado viejas; y las jóvenes o maduras parecían diosas cansadas, un poco tristes, que recogían los versos como una especie de



homenaje tardío, indirecto. El poeta, por su parte, no cesaba de buscar; de buscar, seguramente, lo que encontró y tuvo en el momento de su inspiración. ¿He dicho inspiración? Sí, porque al margen de las minucias técnicas la poesía corresponde a un acto íntimo, delicado, tierno, en que el poeta se entrega a sí mismo. Yo pienso, al efecto, que nada más Laura, o Beatriz, o Julieta, son capaces de juzgarla, si es que esta medida tiene la fuerza necesaria para llegar hasta el alma poética.

Así se desarrolló todo el acto. Formamos, los unos, parte de un auditorio no exento de frialdad, el otro, de una actividad sobresaliente, sin duda superior y destinada siempre a la fugacidad. Porque sostengo, y ésta es mi tesis de lector de poesía y de oyente de la misma, que la verdadera poesía se halla en el momento de crearla, esto es, cuando el artista, solo, se enfrenta a su alegría o a su dolor buscando retener lo que se escapa y transita: una palabra, un color, un sentimiento. Después quedan los versos, recipiente sagrado de la poesía. Y los versos que escuché en el recital eran eso, como la copa de un vino que ya fue degustado. Percibimos el aroma, nada más. Por ello, seguramente, el poeta se veía tenso, tenaz en su expresión, queriendo transmitirnos lo que sintió en el primer instante. Y la única persona capaz de comprenderlo no estaba allí. A esa conclusión llegué.

Ella, la musa de él, se llevó el suceso poético en sus entrañas. Suelen decir algunos críticos que la poesía está en las cosas o en las personas que la inspiran. No lo sé con exactitud. Pero se me ocurre pensar que una persona o una cosa recoge el Fluido Poético, igual que los médiums sirven de intermediarios para comunicar con los espíritus. Yo creo, por ejemplo, en el espíritu de la poesía y por supuesto en los intermediarios; y creo a medias en los poetas que se dejan vencer por la pesada carga de la métrica. Me parece, o

me pareció en el momento de estar en el recital, que los poetas son como oficiantes, como sacerdotes de un rito que no les pertenece y al que aspiran. El hecho es que para comprender aquellos versos que el poeta declamaba tuve una angustiosa necesidad de conocerla a ella. Concluido el acto me aproximé al artista. Un gesto instintivo lo hizo buscar la pluma y el cuadernillo de sus versos bellamente impreso, para dedicármelos.

-No -le dije-, lo que deseo es otra cosa.

-¿Qué desea usted? -contestó con voz pausada-

-Conocerla a ella -le repuse con un atrevimiento increíble-

-Yo se la presentaré -agregó casi con indiferencia-

No sé ahora cómo explicarlo porque recuerdo muy poco y mi memoria se parece a un laberinto sin luz. No soy capaz de reconstruir siquiera el instante en que dejamos el salón donde tuvo efecto el recital de poesía. Me parece percibir entre sombras una mesa pequeña, tal vez una



vela en medio, algunos platos, tres copas con vino tinto y tres rostros atentos a un mismo hecho. El poeta, ella y yo estábamos allí. Al principio me sentí un poco apenado. Luego admití que mi preocupación era trivial y que un oyente, un enamorado de la poesía, tiene derecho a que se le explique todo, absolutamente todo lo concerniente al acto poético; y así como escuché los versos quería también escuchar la voz de ella, conocer su manera de sentir y de pensar. No es otro el camino para que un hombre, mortal después de todo, se hunda en el mundo poético que es tan vasto y rico. Y se me ocurrió lo interesante que hubiera sido, bajo otras circunstancias, conocer por ejemplo a Laura, la que retuvo en su corazón los versos de Petrarca.

Primero la ví sin decir una palabra. Ella y el poeta tampoco hablaron. Ver es un acto simple pero que se puede transformar en intenso. Hay que ver no a la persona sino aquello que la rodea, es decir, su atmósfera. De ella se desprendía una sensación sutil. Es como si una red muy fina, hecha de piezas casi imperceptibles, me envolviera. Entré en otro mundo. Todo esfuerzo por razonar se queda allí. Las ideas dejan de serlo y se vuelven emociones. Una emoción, como se sabe, no se piensa, pero tampoco se agota en el sentimiento. La emoción, por supuesto, comienza sintiéndose; sin embargo, después se vuelve éxtasis, transfiguración, algo difícil de explicar. Es una especie de conocimiento que escapa al poder del cerebro. El cuerpo entero conoce y sabe. La naturaleza humana descubre algo nuevo. Comprendí por qué el poeta le hizo versos a esa mujer. Era necesario, forzoso. No hacerlos hubiera sido negar la poesía, que en última instancia es un imperativo sin tregua, sin cansancio, sin alternativa. La poesía llega, en tales condiciones, por sí sola. Fue como ver un nuevo día en que el sol sale suavemente, desprendiéndose de la línea opaca del horizonte. Impedirlo es imposible, y aunque no lo vea uno o se distraiga en el momento en que nace, él está allí con su poder total e ilumina traspasando las sombras. Negarlo es negar que uno existe, que uno es. Si yo amaba la poesía tuve que amar a esa mujer. No le hice versos por incapacidad, por miedo, por timidez; pero el solo amor me satisfizo. De pronto ella habló, como esquivando mis ojos clavados en los

suyos. Habló para explicarme lo que era, lo que había sido siempre, y comprendí su poder. Hay hombres que tratamos de ser lo que somos a duras penas, a través de un enorme esfuerzo. Es el esfuerzo del trabajo, de la tenacidad, del compromiso. En cambio, ella era simplemente. Era porque era. Aquí supe que no hay reglas, ni valladares, ni fronteras. Lo que hay es una luz muy intensa que todo lo abarca, borrando las marcas de la geometría y los contornos de los cuerpos. Lo que esa mujer significaba no podía medirse sino con los versos, con esa especie de



Museo del Louvre, París

absurdo que han inventado los poetas desprendiendo del idioma lo que las palabras no saben decir. Porque un verso es más que palabras. Y la metáfora, el símil, la rima, significan que el poeta se acoge al símbolo como el niño a la ternura de la madre y el hombre a la mujer. Por eso el amor se canta con poemas. Analizarlo, se llame uno Ovidio, Stendhal u Ortega, es un sacrilegio; salvo que en el fondo del análisis, como la miel, se esconda el suave canto de la poesía.

–Ya lo ve –me dijo el poeta–, ella no asistió a mi recital.

Y yo me puse a pensar que ella no le necesitaba y que él tal vez tampoco. Por ejemplo, no creo que la Justicia se presente en un tribunal. Lo que sucede es que se le invoca por medio de la ley; pero la Justicia es una aspiración hacia la que el hombre se dirige, igual que la poesía y que el amor. Son metas, fines, puntos de luz en la sombra más distante del universo. Tratamos los hombres, eso sí, de ajustar nuestras vidas a esos ideales. Es un esfuerzo dulce, dramático y



*Minerva y las musas (1640-1645),  
Jacques Stella, óleo en tela*

conmovedor. Ella habló:

–Muchos ven en ti nada más –dijo– lo que el hombre tiene de común, de igual a los otros hombres. No saben ver lo distinto, lo único. Te distinguen por lo que es tu carne, tu naturaleza humana. E ignoran tu espíritu, lo desconocen. Uno se conoce a través de otras definiciones, de otras descripciones. Pero dime, ¿tú crees que eres nada más lo superficial, en lo que se fijan quienes destacan tus defectos? ¿O eres acaso lo que yo te voy a revelar en estos momentos, diciéndote que

esas fallas son altísimas virtudes? ¿Ves? En el fondo de tu alma atormentada no hay sino confusión. Cuando el hombre más sabio del mundo sentenció que te conocieras a ti mismo quería decir en realidad que superaras el supuesto conocimiento que los otros tienen de ti. Vives en sociedad e incluso el recital poético al que has asistido tuvo el carácter de un rito social, de una especie de junta a la que asistieron ciertos individuos iniciados. Pero la opinión ajena vale poco si no descorre el velo de tu personalidad. Todo lo que te sucede es que sientes demasiado, y te lo digo yo, que amo a los hombres sensibles. Sientes como un volcán encendido por la llama del tiempo. Vives con la intensidad del fuego y te da pena reconocerlo. Pero yo lo reconozco, querido amigo. Veo que te ruborizas y no hay por qué. Los hombres son como niños que persiguen un fuego fatuo incansablemente, y al ser descubiertos quieren esconderse. No te mortifiques. Si has anhelado conocerme es porque sabes, de verdad, qué es la poesía. Yo te amo. Lo extraño es que mucha gente no lo comprende ni lo comprenderá pues cuando piensa en el amor lo hace desde su corazón egoísta, despedazado por la lujuria de lo vulgar. Y lo que tú necesitas es un gran amor que te envuelva como una gasa tenue que apenas si roza tu alma dejándote ver el universo que te rodea y que buscas incansablemente. No te aflijas. Tu deber es parecerte cada día más a ti mismo, aunque estas palabras te suenen extrañas. Nada de lo que hagas, en dicho sentido, podrá extraviarte de tu camino ni será malo. La vida es muy grande, muy amplia. Lo importante es que a donde llegues te acompañe el espíritu poético, es decir, mi amor. Lo malo y lo vulgar es lo que escapa a la poesía. En cambio, todo aquello que supones un defecto, una rabia contenida, una desviación de tu camino, no es sino una afirmación. Te han hecho dudar los que no te aman, es decir, los que no te comprenden. Pero quiero que sepas que yo no veo rincón oscuro en ti. Quiero que sepas que te admiro; yo, a ti que me admiras tanto. Te necesito tanto como tú me necesitas.

¡Clavé mis ojos en el poeta! ¿Estaría celoso? ¡Nada de eso! Una alegría inmensa se apoderó de él.

–Lo único que lamento –comentó– es que ella no haya asistido a mi recital. Pero, en fin, así es la vida.

Yo comprendí que hay cosas en las que es mejor no pensar, porque el pensamiento es incierto. Me concreté a sentir las con esa emoción desbordada que nos hace volver a la infancia. Y desde ese día en que hablé con la mujer a quien el poeta dedicó sus versos; o, mejor dicho, desde ese día en que ella habló, siento que todo ha cambiado en mi vida. Una nueva perspectiva me coloca donde debo estar. Sé muy bien que lo difícil es la fidelidad a la poesía porque

lo obscuro y feo, lo triste, nos rodea por doquier. Pero la poesía no es nada más inspiración. Es también trabajo y esfuerzo cotidiano. El esfuerzo de desdeñar lo desagradable, lo abrupto. El trabajo y el esfuerzo de distinguir entre lo que vale la pena y lo que no, sin hacer concesiones a nadie ni a nada. Es el trabajo de vivir con amor y con belleza. Se dice fácil, pero necesita un coraje. Esto es amar la poesía y ser amado por ella. La poesía, sin duda, crea una atmósfera que se apodera de nosotros; es una especie de pasión que nos obliga a sentir lo vital, lo esencial. Porque hay vidas torvas, oscuras, que no merecen ser vividas. Hay, en cambio, vidas llenas de amor, plenas. Y nada ni nadie tiene derecho a impedir que logremos la conquista de la felicidad, que es posiblemente la suprema belleza.

Satisfecho ya de lo que pedí al poeta, o sea, de conocer a la mujer a quien dedicó sus versos, pensé volver a mi estudio polvoso y viejo, con poca luz, y transformarlo. Tirar muchos libros y recuperar otros que el cansancio y el olvido han denigrado. Vivir con más intensidad, si esto es posible. Y conocerme, dedicarme a mí mismo con esa paciencia que según dicen es privilegio de los sabios pero que yo sé pertenece a todos los hombres. Lo importante es descubrirla. De regreso a mi hogar pasé por la sala de lectura, donde se llevó a efecto el recital de poesía. Sentí que era una especie de copa vacía, sin el vino que colmó una tarde sus entrañas. La poesía,

Stanza della Segnatura, Palazzi Pontifici, Vaticano



*Poesía* (1509-11)  
Rafael Sanzio (1483-1520)

evidentemente, no estaba allí, entre esas cuatro paredes. Y miré a mi alrededor. La poesía era todo. El mundo entero, el cielo, la tierra. Lo que sucede es que en los versos queremos retenerla: "Fuego sin reposo este calvario..." Y es que se vive, se trabaja, se sufre y finalmente se conquista la alegría. ¡Qué equivocados se hallan quienes suponen que la alegría es también algo sencillo de obtener! Una risa, dicen, lo resuelve todo. Pero

ignoran que el camino hacia la alegría está lleno de inconvenientes, de obstáculos. Hay que ser valientes para ser felices. Hay que vivir sin medio para vivir bellamente.

Y esto es poesía en su sentido más elevado. Así lo he supuesto siempre y así lo comprendo hoy. Mañana, cuando amanezca, iré a la casa del poeta para decirle que no se preocupe, que si ella no fue a su recital es porque en realidad nunca dejó de acompañarlo. Y le diré también que sus versos están más allá de la crítica, esa estridente compañera del arte patético; esa vanidosa que quiere hablar después de que todos han hablado. Le diré todo lo que me digo a mí mismo en estos momentos y estoy seguro de que me entenderá. Incluso estoy seguro de que seremos amigos. ☘

### **RAÚL CARRANCÁ Y RIVAS**

Doctor en Derecho *Magna cum Laude* por la UNAM. Distinguido penalista, profesor titular de tiempo completo en la Facultad de Derecho y titular del Seminario de Derecho Penal. Director y fundador del Posgrado de Derecho en la Universidad Autónoma de Morelos. Fue magistrado del Tribunal de lo Contencioso Electoral Federal. Es miembro de número de la Academia Mexicana de Ciencias Penales y de la Asociación Internacional de Derecho Penal. Medalla al Mérito Académico (1995). Editorialista y colaborador de numerosos periódicos y revistas como *El Sol de México*, *El Día* y *Excélsior*. Autor de una vasta obra jurídica, entre cuyos títulos sobresalen *El drama penal*, *El arte del Derecho*, *El Derecho y la palabra*, *Don Juan a la luz del derecho penal* y, en coautoría con Raúl Carrancá y Trujillo, *Derecho Penal Mexicano* y *Código Penal Anotado*.